

La huella del ángel, de Nancy Huston

I

Ahí está.

Saffie.

Ahí de pie.

Su rostro muy pálido. O para ser más exactos, palente.

Está delante de una puerta en un vestíbulo umbrío en el tercer piso de una elegante casa antigua en la Rue de Seine, a punto de llamar. Llama con los nudillos. Sus gestos son ausentes, ensimismados.

Llegó a París hace sólo unos días, un París tembloroso a través de gotas de lluvia en ventanas mugrientas, un París gris, ajeno, plomizo, empapado. La Gare du Nord. Tras haberse montado en el tren en Dusseldorf.

Tiene veinte años.

Ni bien ni mal vestida. Falda plisada gris, blusa blanca de manga larga, calcetines blancos hasta el tobillo, bolso de cuero negro, zapatos a juego —ropa bastante corriente— pero cuando la miras con atención, Saffie es cualquier cosa menos corriente. Es extraña. No resulta fácil, a primera vista, decir con exactitud qué tiene de extraño. Y entonces —ah— lo ves: es su absoluta ausencia de prisa.

En el apartamento, del otro lado de la puerta a la que acaba de llamar, alguien ensaya *Folies d'Espagne* de Marin Marais con la flauta. El flautista repite la misma frase seis o siete veces, intentando pulirla, conservar el ritmo, evitar cualquier nota errónea, y al cabo se las arregla para tocarla a la perfección. Pero Saffie no escucha. No hace absolutamente nada que no sea permanecer ante la puerta. Han transcurrido casi cinco minutos desde que ha llamado, y nadie ha

acudido a abrirla. No ha llamado por segunda vez, ni se ha dado la vuelta para marcharse.

La portera, que la había visto entrar antes al edificio y acaba de llegar a la tercera planta para repartir el correo (toma el ascensor hasta el último piso y luego baja a pie planta por planta) se sorprende al ver a la joven desconocida inmóvil delante de la puerta de Monsieur Lepage.

—¡Qué...! —exclama.

Es una mujer obesa y fea; tiene la cara moteada de lunares velludos; pero sus ojos rebosan tesoros de bondad y sabiduría en lo que respecta a su prójimo.

—¡Pero si está en casa, Monsieur Lepage! ¿Ha llamado al timbre?

Saffie entiende el francés. También lo habla, aunque imperfectamente.

—No —responde—. He llamado con los nudillos.

Su voz es suave, grave, ronca, una voz a lo Marlene Dietrich, sin los amaneramientos. Su acento no es en absoluto grotesco.

—¡Pero no puede oírla! —dice Mademoiselle Blanche—. ¡Tiene que llamar al timbre!

Se apoya con insistencia en el timbre y la música se interrumpe. Una sonrisa triunfal por parte de Mademoiselle Blanche.

—¡Eso es!

Se inclina hacia delante con dificultad, desliza el correo de Monsieur Lepage por debajo de la puerta, y desaparece escaleras abajo.

Saffie no se ha movido todavía. La luz inunda el pasillo en penumbra.

—¡Qué demonios...!

Raphael Lepage no está furioso de veras, sólo lo finge. Le parece un tanto inapropiado llamar con tanta agresividad cuando uno busca trabajo. El silencio de Saffie, sin embargo, le golpea con la fuerza de un puñetazo. Lo aplaca. Lo acalla.

Y ahora, este hombre y esta mujer que no se habían visto nunca se encuentran a uno y otro lado del umbral, mirándose. O más bien, él la mira y ella... sencillamente permanece ahí plantada. Raphael está perplejo. No había visto nada parecido en su vida. Una mujer que puede estar ahí plantada delante de ti, y sin embargo, de alguna manera, no estar.